
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

AÑO 17. ENERO 24 DE 1858. NUM. 8.

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.° de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscricion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GUIA DE CADIZ,

Jerez de la Frontera, San Fernando y el Departamento: por D. José Rosetty.

Decididamente la Guia de Cádiz ha llegado á ser un libro tan imprescindible como lo es el almanaque. Por eso no bien asoman los primeros dias del año ya todos preguntan por la Guia, la cual no se hace esperar, por mas que para llevar á cabo su confeccion en época oportuna sea necesaria toda la prodigiosa actividad de nuestro amigo el Sr. Rosetty, que es persona especialísima en este punto.

Dirásenos, sin embargo, que una guia, sobre todo si es local ó poco mas cual la presente, ha de ofrecer bien pocas novedades de un año á otro. Tal cual empleado que va ó que viene, que sube ó que baja; tal cual vecino que se muda á otra calle, una docena de cruces ó de distinciones mas en el correspondiente capítulo de uniformes y de cintas; el natural flujo y reflujo de la poblacion; un D. Fulano que se muere ó que va, en cambio de otro D. Mengano que viene ó se convierte en persona digna de figurar siquiera en el capítulo del vecindario, para lo cual no se necesita ciertamente mucho; todo esto, lo repetimos, no parece que puede ofrecer ni con mucho los medios de dar cierta novedad y cierto aliciente á un libro de casi trescientas páginas. Y sin embargo no es así. El Sr. Rosetty sabe todos los años darnos algo nuevo, con lo cual ameniza y da interés á su obra, fuera de la utilidad que en sí mismo tiene, y que todos reconocen, como lo comprueba el creciente aumento de su espendicion.

Una de las principales mejoras que presenta la de este año es la de comprender tambien á Jerez de la Frontera, ciudad que por su grande importancia en la provincia merecia ocupar harto mayor espacio que el que hasta aquí habia podido concedérsele. Como ensayo completamente nuevo acaso no sea perfecto aun, pero ya constituye una buena base para los años venideros, en los que tal vez pueda ampliarse este trabajo estendiéndolo á otras poblaciones, lográndose algun dia el que la Guia de Cádiz lo sea de toda la provincia, ó al menos de aquella parte de ella cuyo conocimiento importe.

Dánse tambien en la presente las utilísimas noticias estadísticas que ha ofrecido el Nomenclator recientemente publicado por la comision encargada de este trabajo, y que se hizo con presencia de las cédulas recogidas á consecuencia del recuento general de 21 de Mayo último.

Como complemento de los anteriores datos se presenta un resúmen de los nacidos, casados y muertos en la provincia, desde 1.° de Octubre de 1856 hasta 30 de Setiembre de 1857, formado en vista de los es-

tados que publica el gobierno de la misma. Resulta de aquel que se han bautizado 6.751 varones y 6.197 hembras, lo cual da un esceso varonil de 554. Esto es muy interesante para el bello sexo, puesto que mientras mas hombres haya mas sube en el mercado el papel femenino.

Respecto á casamientos resulta que los solteros casados con viudas representan una 17 ava parte de las bodas habidas con solteras, cuando la relacion de los viudos con viudas es solo una tercera parte de la de los matrimonios con solteras. Esto quiere decir que cada uno busca su natural pareja.

No debiendo pues ocuparnos mas estensamente de esta publicacion, puesto que ya en sus anteriores apariciones hemos hablado de ella, nos resta solo recomendarla á nuestros lectores, en gracia de lo bien que ha sido desempeñada esta vez y de las mejoras que hemos apuntado.

Francisco Flores Arenas.

TEATRO PRINCIPAL.

El mártes, segun se habia anunciado, se puso en escena en el Principal la zarzuela *Catalina,* la cual era vivamente esperada, como lo probó la inmensa concurrencia que desde bien temprano se apiñaba ante la ventana del botiquin. Habia para ello varias razones que vamos á apuntar.

Era la primera el deseo de volver á oir una produccion cuyo éxito fué un dia colosal y desconocido hasta entonces en los teatros de Cádiz; produccion que hizo la olla gorda al malogrado Circo, el cual si entonces suspendió sus representaciones no fué ciertamente por falta de entradas abundantes, sino porque se le acabó la temporada y quedó sin cantantes, ya en otras partes contratados.

Fué la segunda razon la merecida fama que en el papel de la protagonista habia alcanzado en la corte la Srta. Ramirez; fama que el éxito posterior nos ha demostrado ser bien y justamente merecida.

A mas de estas dos ya espuestas, habia otra tercera razon, y era la de presentarse un nuevo primer tenor, el Sr. Martorell, no desconocido aquí por haber hecho parte años ha de una compañía lírica italiana.

Con un respetabilísimo lleno se alzó el telon, y desde luego la buena figura y mejores maneras del Sr. Martorell predispusieron en favor suyo, pero no sabemos si por circuntancias accidentales de aquella noche, ó porque esta partitura no estuviese en sus medios, ello fué que el público halló su voz escasa y poco segura en ciertos momentos donde tanta energía ha menester su papel, y con especialidad en el acto segundo.

¿Habria estado mejor en otra ópera? ¿Habria estado mejor en otra noche? Eso es lo que nosotros no podemos decir, al menos hoy, porque nos faltan no solo conocimientos, sino datos para formarnos una opinion segura.

La linda y simpática Srta. Ramirez estuvo á la altura de su reputacion de artista. Espresion, gracia, sentimiento; todo en ella fué admirable.

Este triunfo debió serle tanto mas lisongero cuanto que en el papel que desempeñaba habia dejado muy buena memoria en estos teatros la Srta. Hernandez.

La Sra. Barrejon estuvo encargada del papel de Berta. Esta es una cantante de bastante mérito, dócil además y agena de pretensiones; circunstancias que le han conquistado la benevolencia del público, que en medio de su actual economía de aplausos, no se los ha negado nunca.

Al Sr. Crescy no le falta voz, y esa de buena calidad. Fáltale aprender á manejarla, y sobre todo le sobra movilidad en la escena. Procure hacerse actor, puesto que en una zarzuela no basta cantar aunque sea bien, no se agite tanto, no se mueva cual si estuviese azogado, corrija su pronunciacion y estudie lo que ha de hacer con sus brazos; porque repetimos que es lástima tenga estos defectos, hijos de inesperiencia y de falta de buena guia, quien de otro modo pudiera hacer valer su voz, que, como hemos dicho, es buena y de agradable timbre.

El Sr. Garcia, tiene muy buenas mane-

ras, y como bajo cantante nos parece mas que regular.

Al Sr. Vega no le falta voluntad y celo, pero debe comprender que no á todos los públicos parece bien el sainetéo, y que lo que en otros teatros le han aplaudido no pasa bien en este. Es jóven y necesita imitar con juicio buenos modelos.

¿Por qué pues no se ha conseguido utilizar hasta ahora los elementos utilizables de la compañía? ¿Por qué no se ha logrado reconciliar al público con ella, conocida la dificultad de darle otra cosa mejor?

En primer lugar porque falta unidad de accion, porque falta una direccion entendida y vigorosa para la escena. Porque no hay medio de hacer que el público no se ria cuando no parece, como la otra noche, el pliego que ha de traer el cosaco á Pedro, ó cuando los interlocutores se hablan vueltos de espaldas unos á otros, como tambien sucedió la otra noche, ó cuando no sale á tiempo ó cuando se va el actor por donde no se debe ir, ó cuando ninguno sabe donde se se ha de colocar, ó en fin, cuando sucede cualquiera de esas cosas que hacen perder la ilusion al espectador de mejor fé y mayor benevolencia. La risa del público es en una escena seria la muerte de una produccion.

En segundo lugar, porque, segun hemos dicho mil veces, las zarzuelas se escriben hoy todas á la medida de Salas y de Caltañazor. Estos son los dos polos al rededor de los cuales gira la obra. Toda compañía, por tanto, que no cuente con un barítono á un tiempo buen cantante y buen actor, y que además no tenga un tenor cómico de condiciones especiales, ha de verse en graves apuros para poner bien en escena zarzuelas. El mayor ó menor mérito de las demás partes no importa tanto.

Estas circunstancias contribuyeron no poco, en nuestro entender, á que la siempre aplaudida y siempre aquí popular *Catalina* obtuviese aquella noche un éxito no correspondiente á las esperanzas, y mas que á las esperanzas á los deseos del público, que tanta avidez habia mostrado para verla. Creemos que en parte podrá remediarse el mal, y acaso esta zarzuela, si no es ya para Cádiz lo que ha sido, puesto que está largamente esplotada, llegue á acogerse con otras prevenciones menos desfavorables.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

DIAS GENIALES.

INTRODUCCION.

Así como el naturalista adquiere una idea mas ó menos perfecta de un clima ignoto, por solo el exámen de los productos naturales de su suelo; así el filólogo y humanista forman un juicio aproximado de un pueblo desconocido por el estudio de las costumbres de sus habitantes. En efecto: en el matizado plumage de un ave, las pronunciadas tintas de una concha, el fuerte aroma ó gigantesco desarrollo de una planta instruyen al primero mas que las hiperbólicas narraciones de muchos viageros; los cuadros de costumbres son para el segundo el libro de oro donde halla tácitamente impreso el genio, las pasiones, las tendencias, la ilustracion y todos los caractéres que pueden contribuir á hacerle conocer una sociedad ó pueblo, mejor aun que si en él hubiera nacido. Y digo mejor, porque así los vicios como las virtudes, los trabajos como los placeres, los juegos como todas las habitudes de la sociedad en que pasa el hombre los primeros años de su existencia, encarnan en su alma y se impregnan de tal manera en su físico, que entran á componer su propia naturaleza, sin que sea dado á su criterio conocerlas ni mucho menos analizarlas. No de otro modo podria esplicarse la indiferencia con que vivimos en medio de nuestras costumbres y la sorpresa que nos causa la lectura de prácticas estravagantes de otros pueblos, que nada tienen de estraño en aquellas sociedades remotas donde causaria risa ú horror la relacion de las que nos son mas familiares. Ni es otra tampoco la causa del vacío que se nota en esta parte de nuestra bibliografía, que nuestra propia inadvertencia y la dificultad que encontramos de fijarnos en todas las que llamamos trivialidades de la vida privada. Sin embargo, ocasiones llegan en que echamos de menos obras de este género y reconocemos su importancia.

Cuando leemos un pasage histórico que nos interesa vivamente, ó cuando nos refieren un

suceso que llena nuestra imaginacion, desearíamos no solo tener á la vista los retratos de los personages, sino sus trages, su situacion, los accidentes del sitio en que aquel tuvo lugar, los adornos que decoraban las habitaciones, los muebles de que hacian uso: etc., etc. Sentimos un impaciente desagrado en cada omision, y quisiéramos á toda costa enterarnos de todos los pormenores como si hubiéramos estado presentes. . . . .

. . . .

Es el olivo un árbol que tarda muchos años en desarrollarse. Aunque su fruto nos proporciona una sustancia que puede considerarse de primera necesidad, se ve muy comunmente á los propietarios viejos esquivar las nuevas plantaciones de este árbol, porque en los pocos años que esperan vivir no se prometen coger en él fruto alguno. Prescindir por toda la vida de la utilidad que puede reportarles la tierra empleada en otra especie de produccion, es un sacrificio demasiado costoso á su codicia, y este sacrificio se hace mas sensible al tener que invertir tiempo y trabajo en cultivar y labrar un campo para ellos estéril y cuyos frutos solo podrán alcanzar sus herederos. ¿Mas qué olivares hubieran encontrado ellos si sus abuelos hubieran pensado del mismo modo?

Quiero decir con esto, que por triviales que nos parezcan los escritos destinados á consignar nuestras costumbres, y que por corta que sea la utilidad que saquemos de su lectura, dia llegará en que como el del olivo sea buscado su fruto con avidez. Cuando despues de algunos años hayamos desaparecido del mundo con todas nuestras rarezas y preocupaciones, cuando nuestros nietos ignorantes de nuestras prácticas quieran descorrer el velo que el tiempo haya echado sobre nuestras costumbres, apreciarán en lo que valgan estos testimonios irrefragables de lo que hemos sido, y sentirán, á no dudarlo, como sentimos nosotros, que en ellos hayan sido tan concisos nuestros abuelos.

Hay mas.

La verdadera historia de un pueblo no debió reducirse nunca á la de la vida pública de sus monarcas ni á las jornadas mas ó menos brillantes de sus ejércitos. Semejante modo de escribir la historia, convierte las naciones en campamentos y sus habitantes en soldados. El ruido de los combates no nos deja tomar parte en sus asuntos familiares, ni rastrear apenas el órden de su administracion doméstica. Todo lo que constituye la vida del pueblo, todo lo que hace relacion á sus sentimientos, á sus pasiones, á sus vicios, á sus pasatiempos, á su cultura ó á su ignorancia, queda sofocado bajo las pesadas hojas del arnés del guerrero, ó aprisionadas en las tupidas redes de sus cotas de mallas.

Generalizar pues, el conocimiento de algunas costumbres populares ignoradas ó inadvertidas de nosotros mismos: entretener el ánimo con la esposicion de cuadros sociales que pintan al vivo nuestro carácter: recoger en una coleccion costumbres y prácticas que por lo mismo que nos son comunes, corren el riesgo de perderse en las tortuosas sendas de la tradicion que todo lo altera y desnaturaliza: contribuir con mis fuerzas al enriquecimiento del gran proceso social, en que dejemos declarado á nuestros sucesores cuales han sido nuestros vicios, nuestras preocupaciones, nuestros dolores, nuestros placeres y hasta nuestros mas inocentes pasatiempos, llevar algo al acta en que deben encontrarse reunidos los materiales de nuestra verdadera historia, para que nuestros sucesores aprovechándose del fruto de nuestra esperiencia, puedan imitar los buenos ejemplos y evitar los peligros consiguientes á nuestros desaciertos. Tales son los objetos que me propongo en estos artículos. Si no los consigo porque ciertos pensamientos son mas fáciles de concebir que de egecutar, contento quedo con la satisfaccion de haberlos intentado.

Cuadro primero.

El dia de la fiesta Sacramental.

Estamos en un pueblecito de la provincia de Salamanca, distante dos leguas de la capital.

Convidados á la fiesta por un cofrade del Sacramento, colono mio, y no de los mas puntuales en el pago de sus rentas; salimos de la ciudad muy de mañana, y prévia la competente misa de alba, mi esposa y yo con toda la familia menuda. Cuatro horas hemos tardado apenas en el camino, pues aunque los pollinos encargados de remolcarnos no han sabido nunca beber los vientos, el continuo movimiento de mis largas piernas colgando de la albarda á manera de incensario, y el furioso vapuleo con que de cuando en cuando les hacian ladear el cuerpo los mozos que nos conducian, hicieron mas de una vez emprender el trote á la recua, no sin gran peligro de hacerme volver el cuajo, ó de dar un tumbo á mi esposa asida á las jamugas como un ministro á los brazos de su poltrona. Pero podiamos haber llegado mas pronto.

Cuando á las dos de la mañana llamó el sereno á la puerta segun se le habia encargado,

ya hacia rato que estaba yo de punta. Mientras la criada encendió el fuego y preparó el chocolate para Perpétua y los niños, saqué yo mi frasco de guindas en aguardiente, pinché tres ó cuatro con una aguja de hacer calceta, y antes que los demás se desayunasen ya estaba yo completamente afeitado y listo. Pero éntreme usted despues con el arreglo de tanta familia; uno que llora porque su hermano le esconde los pantalones; otro que riñe porque le han vertido el agua por la pechera; la niña que grita porque Enriquito le metió el zapato en la jícara del chocolate; Carlitos, que se sienta sobre la falda de su madre con lazos nuevos, que con tanto esmero habia ella adornado de su propio ingenio la noche antes; y luego, como la pobre Perpétua es sola para todo, primero que lavó y vistió á los niños y se arregló ella, ya tocaban á misa en Sto. Domingo.

Como era de presumir, los niños se empeñaron en oirla tambien, y no era cosa de quitarles hoy ningun gusto. Salimos á la calle y todavía alumbraban las estrellas cuando llegamos á las puertas de aquel magnífico templo, orgullo de sus fundadores, solitario y casi abandonado desde que cesaron para siempre de estremecer sus gigantescas naves los graves y patéticos cantos de sus ilustrados monges.

El sacerdote debió sin duda considerarse solo, á juzgar por el corto tiempo que tardó en despacharnos. Hasta parecia desairada la misa con un auditorio tan exíguo. En toda la iglesia no habia mas que diez ó doce personas. Nosotros formábamos un grupo junto á la pila del agua bendita, como quien no piensa mas que echar á correr. Frente á nosotros estaba la buñolera de la plaza con su barreñon al lado lleno de masa y tapado con un lienzo, haciéndosele largos los instantes para ir al puesto y preparar los buñuelos á los aficionados. Un cazador de red estaba junto á ella con unas cuantas jaulas con reclamos. Los animalitos cantaban, á pesar de que su dueño habia puesto junto á ellos un manojo de añagazas, donde se veian muy tiesos y espetados los cadáveres de sus antiguos compañeros. Una beata que estuvo tosiendo toda la misa, un vendedor de café con leche, á cuarto la taza, con su cafetera encendida y humeante, un quídam y una quædam era el total de las personas que allí nos encontrábamos.

Al salir de misa ya era de dia claro. Los mozos y las caballerías nos esperaban á la salida de la ciudad. (La honestidad de mi Perpétua no hubiera consentido atravesar montada las calles de la poblacion, esponiéndose á llamar la atencion de los curiosos que siempre madrugan.)

Llegamos por fin al sitio convenido, pero allí tuvimos que sufrir otra detencion no pequeña. Las jamugas estaban del lado del sol y Perpétua es achacosa de erisipela. Hubo que mudarlas, alargar el estribo y formar corro para que al subirla á la caballería no pudieran los transeuntes vislumbrarle las pantorrillas, que ya ella habia procurado envolver, haciendo tomar á los vestidos la graciosa figura de una mortaja. Despues el abanico, la sombrilla, la mantilla doblada y envuelta en un pañuelo, la varita para guiar el pollino y por complemento un horroroso perrito faldero, compañero inseparable de Perpétua, que ni hubiera consentido dejar en casa ni caminar á pié por todo el oro del mundo.

(Se continuará.)

JUAN CUESTA.

DOS AMIGOS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA ELENA GOMEZ AVELLANEDA.

(Continuacion.)

CAPITULO V.

La noche acababa de cubrir la sonriente Sevilla con sus fúnebres gasas, y sin embargo, un sin número de rutilantes estrellas tachonaban aquel firmamento cargado de vapores, y la luna, esa melancólica compañera del que sufre, brillaba con su inalterable paz sobre su cúpula con tímido fulgor.

Es un encantador espectáculo el de aquella poética poblacion, iluminada por la luz artificial, con sus patios lujosamente adornados de flores, con sus bellos surtidores de mármol, de donde brota el agua con apacible murmullo; con sus mujeres hermosas como las huríes de las baladas orientales; con sus calles por donde siempre discurre la escogida concurrencia, y sobre todo con aquel cielo que no pueden oscurecer completamente los vapores de la noche, con aquel cielo donde es mas radiante la faz de la melancólica Febéa, y mas puras las estrellas que esmaltan su manto.

Un jóven atravesaba con paso rápido por entre aquellos alegres grupos; este jóven ya lo conoce el lector; es Francisco, Francisco que acude á la cita del padre de Etelvina.

Cuando fué conducido á su presencia llevaba el corazon opreso por mil dolorosas inquie-

tudes; llevaba sobre todo la conciencia de su falta.

—Escucha Francisco, le dijo el anciano, quiero hablarte con la claridad de un antiguo comerciante que sabe conocer el mundo como su libro de ingresos: dos años hace que amas á mi Etelvina, y que te ama, segun he podido comprender; y nunca durante ellos, podrás recordar el mas insignificante reproche por mi parte; no, el hombre nació para amar; ¿por qué impedirle ese juvenil desahogo? Mas tú, aunque honrado, bueno, generoso y bello, no tienes un capital con que cubrir las exigencias matrimoniales: para amante bastan y sobran las cualidades que te adornan, pero para marido son enteramente nulas si no las acompaña alguna afluencia metálica; miéntras que solo se ha tratado de un vano pasatiempo, he dejado obrar; en el dia en que es necesario que Etelvina tome una posicion en la sociedad, te digo, querido Francisco, te amo como mi mas querido hijo, pero jamás te daré la mano de Etelvina; por otra parte, yo creo que sea sincera tu afeccion á Etelvina: si es así, tu mas ardiente voto debe ser su felicidad, ¿puedes tú dársela por ventura? no, y mil veces no: siendo así, pues, cuando ves que todo un marqués de Bella Vista la ama y trata de santificar sus lazos con el himeneo, en vez de presentarte con todas las apariencias de un demente, debias rendir gracias á Dios por proporcionar tan bella suerte á la mujer á quien amas.

Y despues de tan lógica conclusion calló el buen Espinola, esperando sin duda la contestacion del jóven.

—Señor, dijo este con voz conmovida, tal vez los años hán borrado completamente en vuestro corazon las huellas de las primeras pasiones, y no podeis comprender toda la fuerza y estension de ellas: yo amo á Etelvina, y la amo de modo que dejaria de existir el dia en que no tuviese la esperanza de poseerla jamás; y si ella me ama, léjos de hacer su ventura el oro al que sacrificais nuestro amor, será su vida una série de tormentos.

—¡Pobre loco! esclamó el anciano; ¡pobre loco! ¿cuál es, pues, la felicidad en la vida? ¿cuál su goce real? ¿no, no moriréis ni uno ni otro; viviréis y viviréis felices, si es que tu inesperada presencia no hace arrepentir á Etelvina de su resolucion. ¡Qué lástima! ¡Ay! ¡tan bien convencida como la tenia de tu infidelidad! En fin, no te canses, mi pobre Francisco, no te canses; quiero hacer feliz á mi hija, quiero hacerte feliz á tí mismo, disuadiéndote de ese loco empeño: mañana, cuando hayas adquirido una posicion social, cásate, cásate en buen hora; pero en el dia no pienses en ello, ó al ménos con Etelvina.

—¿Y será irrevocable vuestra resolucion?

—¡Pardiez!

—¿No habrá poder humano que os haga desistir de ella?

—Si una fortuna como la del marqués....

—¿De lo contrario?...

—Jamás.

—Adios, pues, señor, sed feliz y perdonadme si pude un instante turbar con mi presencia la ventura de seres que me son tan caros. Adios.

Y Francisco salió lanzando un suspiro en que iban todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todos sus sueños, toda su felicidad. La resolucion estaba tomada: se dirigió á su casa, puso una pistola montada en su bolsillo, y salió.

En aquella época como en la presente, la puerta de la Barqueta era el punto favorito para las aventuras misteriosas y nocturnas, el teatro de las escenas mas originales ó lúbricas, mas terribles y poéticas (porque tambien tenia la poesía su parte en aquella miscelánea); aquí, pues, fué donde se encaminó nuestro héroe; allí donde iba á buscar el desenlaze de su funesta historia: la noche estaba oscura en estremo; el jóven atravesó con paso firme aquel terreno inculto y olvidado, hasta llegar á un punto en que no hubiese ningun ser humano que pudiese presenciar su culpable accion.

Entonces elevó al cielo una mirada llena de mudas plegarias, y sacó el arma con que habia de cometer un suicidio; apoyó sobre su trémula sien el helado cañon, cuyo tacto refrescó algun tanto la fiebre abrasadora que hacia latir en desórden sus arterias, y murmuró en voz baja: perdon, padre mio; perdon, Etelvina; perdon; Dios mio; perdon, y apoyó su dedo índice sobre el gatillo del arma. Un segundo mas, y Francisco, el gallardo jóven á quien hemos visto llegar lleno de esperanzas risueñas, será solo una masa inerte y grosera; mas un brazo vigoroso detuvo el suyo, y una voz de agradable timbre murmuró á su oido: „Tened, amigo.” La pistola cayó de sus dedos crispados, y dirigió sus ojos amenazadores al que así le sorprendió en sus criminales proyectos.

El rostro del desconocido estaba oculto bajo las anchas alas de su sombrero y bajo el embozo de su flotante capa, y apénas pudo percibir dos ojos que brillaron en la oscuridad, como dos diamantes sobre el mas negro esmalte.

—Caballero, dijo el incógnito, os dejo en completa libertad respecto á vuestra vida, despues de que me escucheis durante media hora, si es que persistis en terminarla.” Francisco

accedió y ambos se dirigieron simultáneamente y en silencio á una cuestecilla que se elevaba á la derecha del camino, y que presentaba un cómodo asiento.

—Escuchad, dijo el incógnito: al impedir con mi presencia vuestros proyectos, he pensado que solo dos serian las causas que promueven esta resolucion; y os suplico que contesteis francamente á mis preguntas.

Francisco miró admirado al estraño personaje; el que prosiguió con su imperturbable sangre fria.

—¿Morís por la ingratitud de la mujer á quien amais?

—No, contestó Francisco, á su pesar subyugado por el singular ascendiente de aquel ser estraordinario.

—Morís por estar hastiado del mundo?

—No.

—Entónces morís por falta de oro, ¡oh! Vamos perfectamente: creo que hemos de comprendernos; los hombres como vos desesperados, son resueltos, valientes, determinados y arriesgan todo por conseguir el fin propuesto: eso es lo que busco, y lo que creo hallar en vos: creo que no apreciais en mucho la vida.

—La resolucion que habeis sorprendido lo demuestra claramente.

—¿Y si os dijese: yo os proporcionaré el oro que os falta, yo os haré feliz, pero depende de ello vuestra vida, y por lo tanto vuestra ventura, exigiendo solo que arriesgueis con ánimo firme y osado esa vida que ibais á sacrificar?

—Esplicaos, dijo Francisco, cuyo corazon palpitaba entre el temor y la esperanza.

—Escuchad.

CAPITULO VI.

El incógnito personaje pasó por su frente, tersa y pálida como el marfil, su mano, como para recopilar sus ideas para la narracion que comenzó de la manera siguiente.

—No ignorais que en las costas de Sicilia como en las de Calabria, abrazando la Carománica, el cabo de Celedonia, se asienta un poder temible, el coloso occidental que habrá de devorarnos si se dan tiempo á sus vastas maquinaciones; el orgullo del turco ajado por la postrer accion en que vergonzosamente abandonó la barra de Tamora, á la sola vista de nuestras escuadras, trata ahora en el dia de vengar con sangre este hecho: nuestra escuadra, diseminada la mayor parte en distintos puntos, podrá ofrecer poca resistencia, en tanto que sus filas fuertes y numerosas harian un estrago horrible: y sin embargo, si negocios de mas entidad (y la voz del incógnito vacilaba ligeramente) no me retuviesen en España, yo me pondria al frente de la mezquina escuadra de que en el dia puedo disponer, compuesta solo de cinco ó seis galerones y un patache con unos mil aventureros y seiscientos entre artilleros y marinos, yo iria mostrándoles que aun tiene vida el brazo que persiguió y rindió en Civelly (1); mas no me es posible ir, y un hombre diestro y decidido haria naufragar aun en flor todos sus proyectos, de que me han dado noticia anticipadamente; ahora bien: ¿quereis vos ser este hombre? ¿quereis poneros al frente de la pequeña escuadra, y acosarlos y perseguirlos con ella en sus costas? Yo labraré grande y brillante vuestro porvenir, si no pereceis en el arriesgado viaje; no obstante, si mis proposiciones os son insuficientes, libre sois de terminar á vuestro placer una vida estéril; si os agradan, partiréis sin demora: una ú otra resolucion espero mañana en el mismo sitio en que nos encontramos: si deseais saber el nombre del que os promete que os dará una fortuna, sabedlo: soy el virey de Nápoles.

Y descubrió su rostro, dejando flotar libremente los pliegues de su capa: la luna salia en este instante entre un océano de nubes, y Francisco pudo ver á su reflejo el rostro del virey: era un hombre de mediana edad, de rostro que reflejaba energía y resolucion, y de facciones regularmente bellas y bien pronunciadas.

Francisco estaba estático; él podrá alcanzar un porvenir, y con él la mano de Etelvina, es decir, su vida, su felicidad, toda una eternidad de ventura, en cambio de una eternidad de condenacion, y para esto ¿qué tenia que hacer? solo arriesgar la vida que iba á sacrificar espontáneamente, y si perecia, la posteridad acataria su nombre como el de un héroe, y podria realizar todos sus deliciosos sueños: todos estos pensamientos se agolparon en tropel á la imaginacion del jóven, todo este risueño y glorioso porvenir pasó brillante, soberbio, esplendoroso ante su vista, trastornándole con su brillo fascinador como una linterna mágica.

Así fué que cuando el incógnito recatando por segunda vez su noble rostro y levantándose dijo: os espero mañana, no falteis, le contestó con voz firme: es inútil, acepto.

—Venga vuestra mano, jóven, dijo el duque alargando la suya cordialmente; dentro de algunos meses serán nuestras la Sicilia, la Calabria y la Carománica, y vos adornaréis con

(1) El duque de Osuna, virey de Nápoles persiguió á los piratas berberiscos hasta Civelly, la cual tomó por asalto. (Histórico.)

vuestro nombre la historia de los valientes. Adios, y sobre todo, ni una palabra de mi presencia en Sevilla, añadió sonriendo.

—Descansad, señor, dijo Francisco.

Y emprendió su camino mirando con curiosidad al virey de Nápoles, á quien dejaba tras sí, no comprendiendo qué pudiera hacer á tales horas y en tal sitio uno de los personajes mas influyentes de la época, llevando su corazon tan lleno de gozo y de esperanza, como lo habia traido de desaliento y desesperacion.

CAPITULO VII.

Con efecto, algunos dias despues Francisco partió para Nápoles en donde debia embarcarse para Sicilia, habiendo obtenido algunos meses de próroga para el enlace de Etelvina.

No serémos nosotros los que darémos el resultado de la expedicion del jóven, no; otra voz mas digna que la nuestra es la encargada de cundirlo por el universo: la historia, abrid sus gloriosas páginas, abridlas, y allí veréis esculpido con doradas letras el resultado de esas memorables acciones; ella os dirá que el jóven inexperto cruzó la inmensa amplitud de los mares, en busca de la gloria que habia de ser el término de su peregrinacion al frente de su miserable escuadra; ella os dirá cómo partió en persecucion de algunos buques enemigos desde la Carománica, hasta hallarse frente á frente con la marina veneto-otomana en el cabo de Caledonia, que constaba de cincuenta galeras equipadas: ella os dirá cómo el jóven inmortalizó su valor, y cómo el nombre de Francisco Rivera honró los anales de la española marina; cómo despues de tres dias de sangriento combate que él mismo rompió con su pequeña armada, envuelto siempre entre un foco de fuego, con su diestra sobre todo vencedora y fuerte, hundió su capitana; y cómo ellos llenos de furor y mengua al verse vergonzosamente derrotados huyeron precipitadamente, y mas de tres mil hombres de su armada perecieron en aquellas aguas. Cuatro de las galeras turcas fueron echadas á pique por Rivera, treinta y dos llegaron á las playas destrozadas y las restantes llegaron á Constantinopla, llevando consigo su eternal baldon.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don J. C. B.: *Lorca.*—Se recibieron en sellos los 108 rs. de su suscricion.

Sr. Don L. S.: *Albuñol.*—Queda saldada su cuenta de suscricion hasta fin de Marzo.

Sra. Condesa de la V. de S.: *Tolosa.*—Se recibieron los 8 sellos para completo de su suscricion. Las iniciales que solicita no se podrán publicar hasta el patron del próximo Marzo.

Sr. Don A. de T.: *Ecija.*—Le fué remitido el Almanaque Profético.

Sr. Don A. L.: *Barcarota.*—Queda ampliada su suscricion hasta fin de Julio, y se le han duplicado los números que del presente mes no habia recibido.

Sr. Don J. R. y A.: *Canton de Mula.*—Queda V. suscrito por 3 meses y su importe podrá remitirlo en sellos de franqueo.

Sra. D.ª M. T. P. del M.: *Méntrida.*—Queda V. suscrita por un año.

Sr. Don M. M. y G. P.: *Santiago.*—Queda V. suscrito por 3 meses, desde 1º de Enero.

Sr. Don J. de M. U.: *Pamplona.*—Id. id. id.

Sra. D.ª M. F. y V.: *Alfaro.*—Id. id. id.

Sra D.ª V. A. de A.: *Madrid.*—Id. id. id.

Solucion del geroglífico anterior.

Quien se entregue irreflexivamente á la vida relajada algun dia llorará las consecuencias.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

